

Editorial

El cuento, de cuyo espíritu nuestra publicación tomó el nombre: “El rey está desnudo”, es uno de los relatos que integran el conjunto de la obra de Hans Christian Andersen bajo el título de “El traje nuevo del emperador”. Si bien, cuando en 1837 formó parte de “Cuentos de hadas contado para niños”, la historia que escribe Andersen, toma su argumento de un antiguo relato español recopilado por el Infante Don Juan Manuel, integrando “El conde Lucanor”, un libro de cuentos ejemplificadores, escrito entre los años 1330 y 1335.

Se conocen tantas versiones como culturas han retomado la estructura argumental del relato. Las modulaciones que van distinguiendo el cuento, según épocas y folclore, se producen en la caracterización de los personajes y el establecimiento de distintos valores morales que organizan el eje del relato que señala la condición de lo que hace invisible la exquisita tela del traje. Es así que, según los casos, es la filiación fraudulenta, la impureza de la sangre, la estupidez o el bajo rango social. Más allá de las coloraciones propias de cada versión, un núcleo argumental se mantiene constante: la evidencia de una verdad y la posición asumida por una mayoría frente a ella. A partir de esa constante se trazan líneas de lectura que acentúan un matiz u otro de la enseñanza en juego.

Como otros relatos folclóricos, también éste es referencia en la obra de Freud y de Lacan. Cada uno con grandes diferencias de posición y con distintos propósitos, citan en algunas oportunidades el cuento. En esta ocasión, nuestra editorial reúne los párrafos de los textos en los que Freud y Lacan operan con el cuento. Las citas de Lacan son las siguientes:

“Hay aquí un contraste bastante chocante. Este uso que al comienzo se había mostrado tan fecundo, que habría permitido introducir los términos de sistema primario y sistema secundario en el orden psíquico, se reveló, cuando el análisis fue progresando, como más problemático, pero de forma muy inaprehensible. Para darse cuenta de la distancia recorrida desde el primer uso que se hizo de la

oposición entre los dos principios y el punto donde nos encontramos en la actualidad, tras algún deslizamiento, casi resulta necesario referirse, como de vez en cuando sucede, al niño que dice el **rey está desnudo**. Este niño, ¿será un cándido? ¿Será un genio? ¿Un descarado? ¿Un bestia? Nunca se sabrá. Seguramente alguien bastante liberador”. Lacan, J. (1994). *El Seminario*. Libro 4. “La relación de objeto”. Buenos Aires: Paidós. pp. 35-36.

“Esto tiene una importancia enorme, aunque pueda parecerles, dado que son ustedes hombres de su tiempo, algo banal. Escuché que se hacía sobre mí el siguiente comentario: Lacan sólo dice que **el rey está desnudo**. Quizá, por otra parte, se trataba de mí, pero atengámonos al respecto a la mejor hipótesis, que se trataba de lo que enseñó. Con toda seguridad, lo enseñó de un modo quizá un poco más humorístico de lo que piensa mi crítico, cuyas intenciones últimas no tengo que evaluar en esta ocasión. Si digo que **el rey está desnudo**, esto no es exactamente igual a lo que hace el niño que se supone hacer caer la ilusión universal, sino más bien algo del estilo de Alphonse Allais haciendo agruparse a los paseantes alertándolos con voz sonora -¡Oh escándalo! ¡Miren a esta mujer! ¡Debajo de su vestido está desnuda! Y, a decir verdad, yo ni siquiera digo eso.

Si, en efecto, **el rey está desnudo**, sólo lo está bajo una cierta cantidad de vestimentas –ficticias sin duda, pero sin embargo esenciales a su desnudez. Y en relación a esas vestimentas, su desnudez misma, como otro excelente cuento de Alphonse Allais lo muestra, nunca podría ser suficientemente desnuda. Después de todo, se puede despellejar al rey tanto como a la bailarina.

Verdaderamente, la perspectiva de este carácter absolutamente cerrado nos remite al modo en que se organizan las ficciones del deseo.

Allí adquieren su alcance las fórmulas del fantasma que les di el año pasado y adquiere todo su peso la noción del deseo como deseo del Otro.” Lacan, J. (1988). *El Seminario*. Libro 7. “La ética del psicoanálisis”. Buenos Aires: Paidós. pp. 23-24.

“¿Qué podrían decir en efecto los Zapatitos? ¿Hacer preguntas? No hacen nada de eso por tres razones de las cuales hay dos que saben.

La primera razón es que están analizados y que un buen analizado no hace preguntas-fórmula que hay que entender en el mismo nivel de perentoriedad con que el proverbio francés “no hay ahorros pequeños” cierra la réplica a un pedido de cuentas considerado como inoportuno en un célebre *pastiche* de Claudel.

La segunda razón es que es estrictamente imposible en el lenguaje corriente en la comunidad plantear una pregunta sensata, y que habría que tener la inverecundia del hurón o el descaro monstruo del niño para quien el **Rey está desnudo** para hacer la observación correspondiente, único sésamo sin embargo que permitiría abrirse a una conversación.” Lacan, J. (2008). Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo veintiuno. p. 448.

A continuación, las citas de Freud:

“El sueño de estar desnudo o mal vestido en presencia de un extraño se presenta a veces con el agregado de que eso no produjo vergüenza, etc. Pero el sueño de desnudez sólo nos interesa cuando en él se siente vergüenza y turbación, queremos escapar u ocultarnos y en eso sufrimos una extraña inhibición: no podemos movernos del sitio y nos sentimos impotentes para modificar la situación penosa. Sólo con esta conexión es típico el sueño; el núcleo de su contenido, en lo demás, puede incluirse en los más variados contextos y combinarse con agregados individuales. Lo esencial [en su forma típica] es la sensación penosa, la vergüenza que provoca querer ocultar la desnudez (casi siempre por la locomoción) y no poder hacerlo. Creo que la mayoría de mis lectores ya se habrán encontrado en sueños en esta situación.

Por lo común, la índole de la desnudez es poco clara. Oímos contar, por ejemplo, «Yo estaba en camión», pero rara vez es esta una imagen nítida; casi

siempre la ausencia de vestidos es tan indeterminada que se la refiere mediante una alternativa: «Estaba en camisón o en enaguas». Por regla general, la falta de ropas no es tan grave que parezca justificar la vergüenza sobreviniente. En los que llevan uniforme militar, la desnudez es muchas veces remplazada por una contravención a la ordenanza: «Voy sin sable por la calle y veo que unos oficiales se me acercan, o estoy sin corbatín, o llevo un pantalón civil a cuadros», etc.

Las personas ante las cuales nos avergonzamos son casi siempre extraños cuyos rostros quedan indeterminados. A nadie le sucede en el sueño típico que lo reprendan por ese modo de ir vestido que lo turba, ni aun que se lo hagan notar. Todo lo contrario, las personas muestran completa indiferencia o, como pude percibirlo en un sueño particularmente claro, ponen en su gesto un ceremonioso envaramiento. Esto es sugerente.

La turbación por vergüenza del que sueña y la indiferencia de la gente se combinan para formar una contradicción como es harto común en el sueño. Lo único adecuado a la sensación del soñante sería que los extraños lo mirasen con asombro y se riesen de él, o le mostrasen indignación. Ahora bien, opino que este rasgo chocante ha sido eliminado por el cumplimiento de deseo, mientras que el otro, mantenido por algún poder, permanece, y así los dos fragmentos armonizan mal entre sí. Poseemos un interesante testimonio de que este sueño, en su forma parcialmente desfigurada {dislocada} por el cumplimiento de deseo, no ha sido bien entendido. En efecto, se ha convertido en la base de un cuento que todos conocemos en la versión de Andersen («El vestido nuevo del emperador») y que hace muy poco L. Fulda reelaboró poéticamente en su [«cuento de hadas dramático»] *Der Talisman*. Andersen narra que dos impostores tejían un rico vestido para el emperador, que sería visible sólo para los súbditos buenos y fieles. El emperador se paseó con ese vestido invisible y, atemorizados por la virtud reveladora de la tela, todos hicieron como que no reparaban en su desnudez.” Freud, S. (1979). Sueños típicos. En *Obras completas*. T. IV. Buenos Aires: Amorrortu. pp. 253-254.

[...] Sigo sin saber qué ocurre dentro de mí; algo desde las más hondas profundidades de mi propia neurosis se ha contrapuesto a todo progreso en mi entendimiento de las neurosis, y tú has estado envuelto en ello de algún modo. En efecto, la parálisis de escritura me parece destinada a inhibir nuestro trato. No poseo ninguna garantía sobre ello, sentimientos de naturaleza en extremo oscura. ¿No te ocurriría a ti algo semejante? Desde hace algunos días, me parece, se prepara la emergencia de esta oscuridad. Noto que entretanto he hecho en el trabajo toda clase de progresos; además, aquí y allí se me vuelven a ocurrir cosas. El calor y el exceso de trabajo sin duda tienen su parte en esto.

Veo, entonces, que la defensa contra los recuerdos no impide que de estos se generen unos productos psíquicos superiores, que perduran un momento y luego caen también ellos bajo la defensa; empero, esta es en extremo especificada, exactamente como en el sueño, que contiene *in nuce* toda la psicología de las neurosis. Son esos productos las falsificaciones del recuerdo y fantasías, estas últimas referidas al pasado o al futuro. Conozco más o menos las reglas según las cuales estos productos se componen, y los fundamentos para que sean más intensos que los recuerdos genuinos, y así he aprendido algo nuevo sobre la característica de los procesos en el interior del *Icc*. Junto a eso se generan impulsos perversos, y a raíz de la represión de estas fantasías e impulsos, que luego se vuelve necesaria, surgen como resultado los determinismos más elevados de los síntomas que ya se siguen de los recuerdos, y motivos nuevos para aferrarse a la enfermedad. Tomo noticia de algunos casos típicos de composición de estas fantasías e impulsos, y de algunas condiciones típicas para el advenimiento de la represión contra ellos. Esta noticia no es todavía completa. La técnica empieza a preferir, como el natural, cierto camino.

El esclarecimiento de los sueños me parece lo más acabado, pero en derredor aguardan, profusos, los enigmas. Lo organológico te espera a ti, en mí no ha hecho ningún progreso.

Un sueño interesante es aquel en que uno a medio vestir, o desvestido por completo, se pasea con vergüenza entre gentes extrañas. Curiosamente, la regla

es que la gente no repara en uno, cosa que debemos agradecerle al cumplimiento de deseo. Este material onírico, que se remonta a exhibición en la infancia, ha sido objetó de un malentendido y aleccionadoramente procesado en un cuento famoso. (Las falsas ropas del rey -«El talismán»-) De la misma manera suele el yo interpretar fallidamente los restantes sueños.” Freud, S. (1982). Carta 66 (7 de julio de 1987). En *Obras completas*. T. I. Buenos Aires: Amorrortu. pp. 299-300.